

IDENTIDAD NACIONAL, GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y NACIONALIZACIÓN EN ESPAÑA: EL CASO SALMANTINO, c. 1780-1814

RAÚL MORENO ALMENDRAL*

*Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea.
Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Salamanca.*

RESUMEN: El artículo es una investigación sobre fuentes primarias acerca de los desarrollos y vicisitudes del proceso de construcción nacional español en el ámbito local de Salamanca desde finales del siglo XVIII hasta el final de la Guerra de la Independencia. Como punto de partida, se exploran algunas de las manifestaciones identitarias realizadas en la Salamanca de la llamada Ilustración tardía, a finales del Antiguo Régimen. Seguidamente, en la parte central se estudia la relación recíproca entre Guerra de la Independencia y construcción de la nación española, señalando las dimensiones endógenas de la intensificación y delineamiento de líneas de fractura en los lenguajes nacionales de este periodo que utilizan los diversos grupos.

PALABRAS CLAVE: Historia contemporánea; nacionalismo; nacionalización; identidad nacional; Ilustración; Guerra de la Independencia.

ABSTRACT: The article is a research based on primary sources studying the developments and vicissitudes of the Spanish nation-building process in the local scope of Salamanca, from the closing stages of 18th century to the end of the Peninsular War. As a point of departure, it explores some identity manifestations displayed in Salamanca during the so-called late Enlightenment, in the endings of the Old Regime. Subsequently, the main part studies the reciprocal relation between the Spanish War of Independence and the Spanish nation-building, pointing out the endogenous dimensions of intensification and cleavage drawing in national languages used by the different groups in this period.

KEY WORDS: Modern history; nationalism; nationalization; national identity; Enlightenment; Peninsular War.

*. Agradezco al profesor Mariano Esteban de Vega todo su apoyo y sugerencias durante la dirección del Trabajo de Fin de Máster en el cual se basa parcialmente este artículo, así como a los miembros del tribunal evaluador, especialmente al profesor Francisco de Luis.

1. INTRODUCCIÓN

El estudio de la historia de la construcción de la nación española ha entrado en los últimos años en un claro proceso de descentralización, tanto en los marcos como en los enfoques. La consideración de nuevos ámbitos y fuentes de nacionalización constituye ahora una vía hacia la renovación interpretativa y la valorización de los estudios locales como una forma de acceso más directa a la construcción nacional no directamente procedente de las élites asociadas al Estado central y más ligada a las experiencias particulares y los entornos más cercanos a la mayoría de la población¹.

El objetivo de este artículo es el estudio a escala local de las fases del proceso de construcción nacional español coincidentes con los últimos años de lo que se ha dado en llamar Antiguo Régimen y el periodo comúnmente etiquetado como «Guerra de la Independencia». Bajo esta historiografía que aboga por estudiar cómo se articuló la identidad nacional española fuera de las grandes capitales y de los grandes discursos políticos subyace otro debate más profundo, que afecta a la propia teoría del fenómeno nacional y sus diversas corrientes². No es este el lugar para discutir la relación entre las naciones y procesos de modernización (corriente modernista) y las diferentes renovaciones teóricas subsiguientes, pero es necesario conocer la existencia de este debate para entender el rango cronológico escogido. Gran parte de los estudios contemporaneístas sobre este tema toman el límite convencional de 1808 como punto de partida. Nosotros nos remontaremos algunas décadas más en el estudio de fuentes para dar cuenta de este debate a nivel local.

A continuación, nos aproximaremos a la vivencia salmantina de la Guerra de la Independencia desde diversos puntos de vista: el de las esferas institucionales, el de la prensa y la opinión pública, el de los afrancesados y el de algunos individuos de cuya experiencia privada tenemos conocimiento directo³. La interpretación de todo ello se realizará en base a la historiografía citada a lo largo del artículo y algunas obras de historia local de Salamanca cuya consulta ha sido indispensable para la reconstrucción de los marcos locales y la profundización en el caso estudiado⁴.

1. Vid. QUIROGA, Alejandro. «La nacionalización en España. Una propuesta teórica». En *Ayer*, n. 90, 2013. Madrid: Asociación de Historia Contemporánea-Marcial Pons, pp. 17-38; ESTEBAN DE VEGA, Mariano y CALLE VELASCO, M.ª Dolores de la (eds.). *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2010; GABRIEL, Pere; POMÈS, Jordi y FERNÁNDEZ GÓMEZ, Francisco (eds.). *España Res publica. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)*. Granada: Comares, 2013.

2. Dos aproximaciones introductorias a estos problemas generales en ÖZKIRIMLI, Umut. *Theories of Nationalism: A Critical Introduction*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010, 2.ª ed.; SMITH, Anthony D. *Nationalism and Modernism*. Londres: Routledge, 1998.

3. Las principales fuentes utilizadas para este trabajo han sido documentación institucional interna de los diversos poderes locales (municipal, capitular, universitaria), libros, opúsculos, panfletos y prensa editada en Salamanca, actas parlamentarias, y algunos diarios y memorias personales.

4. No hay espacio ni tendría sentido realizar aquí un resumen de la historia de Salamanca durante estos años, sobre todo habiendo ya obras bastante asentadas para ello. El autor de referencia es claramente Ricardo Robledo. Como títulos básicos, véanse ROBLEDO, Ricardo. «La crisis del Antiguo

2. LA IDENTIDAD ESPAÑOLA A FINALES DEL ANTIGUO RÉGIMEN, 1780-1808

Existe un cierto debate historiográfico sobre si la identidad española observable en la España borbónica durante el siglo XVIII ya puede calificarse de nacional. Incluso los autores más modernistas, que rechazan la posibilidad de hablar de una nación española antes de 1808, aceptan que en todo caso la identidad española que se va formando a lo largo de la Edad Moderna constituye el embrión sobre el que se construiría la identidad nacional española en el siglo XIX⁵. El reconocimiento del peso de la Ilustración como hito en la conformación de esta identidad en clave nacional, primero cultural y luego política, está ya asentado⁶. Desde luego, lo que está cada vez más claro es el nexo entre el pensamiento ilustrado y el posterior liberalismo, vinculados, entre otras cosas, por una idea de España y un vocabulario que cada vez dudamos menos de calificar como nacional⁷.

Régimen». En ROBLEDO, Ricardo (coord.). *Historia de Salamanca. Siglo XIX*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 2001, pp. 17-159; ROBLEDO, Ricardo. *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada. La Guerra de la Independencia*. Salamanca: Librería Cervantes, 2003; también PÉREZ DELGADO, Tomás. «Salamanca en la Guerra de la Independencia (1808-1814). Teatro bélico y escenario social». En PÉREZ DELGADO, Tomás *et al.* *Salamanca en el primer tercio del siglo XIX*. Salamanca: Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Saberes-Centro de Estudios Salmantinos, 2013, pp. 15-44.

5. Quizás, el primer lugar donde este proceso se explica de manera más estructurada y difundida desde este punto de vista sea en la obra clásica de ÁLVAREZ JUNCO, José. *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2001, pp. 31-118.

6. A medida que la historiografía va avanzando y los modernistas (historiadores de la Edad Moderna) se implican cada vez más en el estudio de este asunto, cobra más fuerza que dentro de los ilustrados más radicales había una idea clara de nación española antes de 1808. Algunos incluso se atreven a sugerir que esa idea tendría una materialización a nivel social, al menos parcial, entre los súbditos de la monarquía. No obstante, el estado de la investigación es todavía poco avanzado y no hay consenso historiográfico. El punto de inflexión estará cuando la ortodoxia modernista (que asocia nación y modernidad) no pueda seguir ignorando durante más tiempo estos estudios y lleve a cabo una profunda revisión al respecto. *Vid.* CEPEDA GÓMEZ, José y CALVO MATURANA, Antonio. «La nación antes del nacionalismo». En *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, n. XI, 2012. Madrid: Universidad Complutense, pp. 9-22; VARELA TORTAJADA, Javier. «Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español». En *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. XII, 1994. Universidad de Salamanca, pp. 31-43; ROURA, Lluís. «Guerra de Independencia e inicios de Revolución». En *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, n. VII, 2008, Madrid: Universidad Complutense, pp. 73-90; PORTILLO VALDÉS, José M. *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Boletín Oficial del Estado, 2000; FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier. «España, monarquía y nación. Cuatro concepciones de la comunidad política española entre el Antiguo Régimen y la Revolución Liberal». En *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. XII, 1994. Universidad de Salamanca, pp. 45-74; MORALES MOYA, Antonio. «La nación española preconstitucional». En MORALES MOYA, Antonio; FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y BLAS GUERRERO, Andrés de (dirs.). *Historia de la nación y del nacionalismo español*. Barcelona: Galaxia Gutemberg, 2013, pp. 129-165; FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo. *Materia de España: Cultura política e identidad en la España moderna*. Madrid: Marcial Pons, 2007; CALVO MATURANA, Antonio. *Cuando manden los que obedecen. La clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*. Madrid: Marcial Pons, 2013.

7. FUENTES, Juan Francisco. «Conceptos previos: Patria y nación en los orígenes de la España contemporánea». En MORALES MOYA, Antonio; FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y BLAS GUERRERO, Andrés de (dirs.). *Op. cit.*, pp. 169-196.

La Salamanca de finales del Antiguo Régimen, predominantemente agraria y tradicional, no presentaba los rasgos socioeconómicos de las partes más dinámicas de la monarquía, pero en torno a la cultura universitaria se había formado un grupo de personajes ilustrados, muchos de ellos después liberales, que influyeron en las diversas instancias de poder del momento en grados diversos, y no sin tensiones ni enfrentamientos⁸. También encontramos en este momento algunos indicios de conformación de una esfera pública local y provincial articulada, implantada en el territorio, aunque no muy densa ni superadora de las fronteras próximas⁹. No disponemos de muchas fuentes sobre la vivencia popular de esta identidad española precontemporánea, pero sí podemos hacer una reconstrucción más o menos completa de la idea que las élites y los grupos medios del momento tenían de España y lo español. No corresponde dibujar por ahora una oposición ilustrados preliberales vs. absolutistas puesto que en los discursos lo que predomina, a los ojos de alguien que conoce lo que va a pasar después, es la hibridación, o, si se quiere, la incubación de la mayoría de los elementos que se pondrán en marcha a partir de 1808, pero todavía indefinidos y conciliados en la moderación.

Así, los componentes de los discursos emitidos desde Salamanca son diversos y los emisores heterogéneos. Sin embargo, es importante señalar que los lenguajes no están escindidos ni el grado de enfrentamiento entre las distintas variantes es elevado. Se observan desde concepciones fuertemente tradicionalistas en sus referentes y retóricas hasta visiones de España y sus habitantes a las que solo les hace falta explicitar la soberanía nacional para parecer sacadas del Cádiz de las Cortes. Encontramos la conocida ambivalencia del vocablo «patria», herencia de los siglos anteriores y todavía muy común para el XVIII. Consiste en emplear este término para el propio lugar de origen («Salamanca, patria mía»)¹⁰ y a su vez para el país en su conjunto («España, mi amada patria»)¹¹. Una interpretación posible es la vivencia de lo español a través de lo local o, como poco, de compatibilidad entre ambas cosas. De hecho, es común la naturalización de la propia identidad en el uso constante y reiterado de «español», «España» y «lo nuestro» no solo en textos explícitamente dedicados a la reflexión «político-moral», sino en otras temáticas.

La presencia del rey y la idea del buen súbdito se mezclan con la del buen católico, el buen ciudadano y el patriota, que se identifica con el que busca y defiende el bien público, y que impregna gran cantidad de la producción intelectual

8. PERFECTO, Miguel Ángel y GARCÍA, Javier. «Los reformadores de la Universidad de Salamanca en la transición al liberalismo». En *Salamanca. Revista de Estudios*, n. 39, 1997. Salamanca: Diputación de Salamanca, pp. 295-319.

9. Nos referimos al *Semanario Erudito y Curioso de Salamanca*, que a finales de 1793 llegó a alcanzar la cifra de 311 abonados y a distribuirse en 26 localidades. LARRIBA, Elisabel. *El público de la prensa en España a finales del siglo XVIII (1781-1808)*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, pp. 94-95.

10. *Semanario Erudito y Curioso de Salamanca*, 27-XII-1794, p. 205.

11. *Ibidem*, 13-I-1798, p. 31.

que nos ha llegado. En un discurso sobre agricultura, un autor que firma bajo el nombre de «El Amante del Bien Público» manifiesta:

Aquí llamo yo la atención de los grandes Señores de los poderosos, de los ricos, de los Ayuntamientos, de los Párrocos, de las Sociedades, de las Comunidades, de todos los que participan rentas de algunos territorios. Aprendan a hacer un uso el mas laudable de sus caudales, a ser útiles a sus semejantes, a la Patria y a sí mismos. ¡Esta sí que es caridad heroica! ¿Quánto más valdría España? ¿Quánta sería su prosperidad y riquezas más seguras que las de sus minas? ¿Quánta su población y felicidad si estos exemplos se imitasen? ¿Los profesores acreditados, los artífices sobresalientes se vendrían, sin que nosotros los buscásemos tras de la abudacia (*sic*), comodidad y delicias? El lustre mismo de la Nación provocaría y llamaría a los de las más remotas¹².

En algunos casos (los menos y los más radicales), la separación o acotamiento de los referentes tradicionales es tan clara que raya la idea de nación liberal (concepto político de ciudadano, mitología patriótica, idea del sacrificio nacional...). En otros (la mayoría), el rey y/o la religión son las vías de acceso al patriotismo¹³. En muchos, es difícil separar esa ambigüedad mencionada, pues en el mismo discurso hay elementos bastante «modernos», desde los estándares del mundo contemporáneo, mezclados con otros tradicionales, que desde ese punto de vista de lo ocurrido después desconcertarían a un observador externo, pero que se intuyen bastante naturalizados en la época. En el texto anónimo titulado «Idea de un vasallo fiel y de un buen ciudadano», publicado en una de las frecuentes secciones de reflexión moral y política que tenían los periódicos de la época, su autor intenta hacer una caracterización de lo que sería un buen español:

El amor de la Patria no es otra cosa que el amor y el respeto a las leyes y al Soberano que nos gobierna; o lo que es lo mismo, el amor a los hombres con quien vivimos. Sería un error creer que nuestra patria¹⁴ se limita a los muros que nos cercan y no se extiende más allá del pueblo de nuestro nacimiento. La Patria es toda la Nación, que reconoce a un mismo Geфе. Nuestra Patria es toda España, todos los vasallos de nuestro soberano son nuestros compatriotas¹⁵.

En algunos pasajes del texto el rey y la religión desaparecen para poner el acento en los miembros de esa comunidad social y su vinculación horizontal, pero

12. *Ibidem*, 25-II-1796, p. 187.

13. De hecho, para algunos, el patriotismo es precisamente ser buen súbdito y buen católico, lo cual no deja de ser una forma de articulación comunitaria en base a una identidad específica. *Ibidem*, 27-I-1795.

14. En minúscula en el original, quizás haciendo una oposición entre Patria/patria, por sus dos significados.

15. *Ibidem*, 19-III-1796, pp. 269-271.

en otros la lealtad del súbdito permanece como referente clave. Aun aceptando el peso de la monarquía, este tipo de lenguaje habría sido improbable en 1500 y desde luego contiene muchos de los elementos más distintivos de la posterior concepción liberal. Poco falta para que cuando se derrumbe la estructura estatal de la monarquía y esta pase a ser una lejana persona por la que luchar, el resto de los elementos de ese patriotismo ya conformado aparezcan en primer plano y consoliden la autonomía ganada, redefiniéndose sobre la marcha en un contexto muy diferente¹⁶.

Otro rasgo de madurez de esta identidad ya apuntado en el texto anterior es la configuración de España como una nación dotada de un pasado común que se remonta a tiempos inmemoriales, lo cual se observa, a veces muy intensamente, en las producciones intelectuales de algunos salmantinos de esta época (en compatibilidad con una fuerte identidad local)¹⁷. La conformación de una mitología nacional con un relato histórico articulado (una «Historia de España») sería un rasgo de nación en tanto que, según Smith, las etnias tienen una memoria compartida más restrictiva, inconexa y de carácter normalmente oral¹⁸. Así, dentro de la Historia patria que debe transmitirse, se incluye que los españoles existen desde la época de los fenicios, Trajano y Adriano fueron emperadores españoles; se habla de «godos españoles»; Viriato era un guerrero español y el asedio de Numancia constituye un claro ejemplo de virtudes tan españolas como el valor y el coraje¹⁹. Se compara a España con otras naciones de Europa y se defienden sus contribuciones a la civilización universal. Hay una conciencia de lo propio como algo común opuesto a lo ajeno y así se refleja en las fuentes²⁰.

Uno de los mejores promotorios para contemplar este fenómeno lo encontramos en la historiografía local, posible termómetro para evaluar el grado de imbricación del lugar como escala de referencia en un marco superior. La «Historia de Salamanca» del sacerdote Bernardo Dorado, publicada en 1776, será hasta muy entrado el siglo XIX la historia local de referencia²¹. En ella la alusión a España como marco de la historia de la «Atenas española», en el cual se engrana, a veces en un sentido comunitario y no solo geográfico o político, es permanente, si bien el punto de

16. CALVO MATURANA, Antonio. *Op. cit.*, pp. 263-270.

17. «Yo, Señores, gozo la suerte de ser hija de Salamanca...». *La Pensatriz Salmantina*, 1777, p. 8.

18. SMITH, Anthony D. *Nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2004, p. 28.

19. *Semanario Erudito y Curioso de Salamanca*, 21-X-1797, p. 45. En *La Pensatriz Salmantina*, 1777, pp. 35 y 36, se habla de formarse «al estilo español» y estudiar una «Historia de España».

20. *Ibidem*, 22-X-1796, pp. 49 y ss.; 25-XI-1797, pp. 124-128. Así se recogerá también desde fuera, como en el informe sobre la Universidad de Salamanca que hace Thiébauld en 1811, para el que existe España por lo menos desde la invasión árabe. Biblioteca General Histórica de la Universidad de Salamanca [BGUS], 56580, p. 4.

21. DORADO, Bernardo. *Compendio histórico de la ciudad de Salamanca, su antigüedad, la de su Santa Iglesia, su fundación y grandezas, que la ilustran*. Salamanca: Juan Antonio de Lasanta, 1776. En esta obra de unas seiscientas páginas, la palabra «España» aparece noventa y dos veces, «patria», ochenta y cinco y «nación», once.

vista parece ser eminentemente castellano²². En cambio, en otros pasajes se deja claro que todos los habitantes de la Península Ibérica forman parte de la «nación española», como así se sientan los prelados en el Concilio de Constanza junto con las otras cuatro grandes naciones (italiana, alemana, francesa e inglesa)²³. Como es común en el lenguaje de la época, el sintagma «nación española» se emplea en la distinción del colectivo de pueblos peninsulares respecto a otros europeos, mientras que «patria» alude a grupalidades y territorios internos²⁴. La compatibilidad de la idea de Bernardo Dorado del pasado de Salamanca, muy proyectado sobre la historia de España, con el modelo esencialista-invasor de Fernando Wulff, al que pertenecen las ideas del párrafo anterior, es manifiesta²⁵. Por supuesto, el calificativo «nuestro» es continuo cuando se habla de España, cuyo empleo parece algo más que geográfico. Esta existe desde la Antigüedad, Hércules Líbico fue «rey de España» y la invasión de los árabes supuso la «pérdida de España» (la hostilidad de Dorado hacia la «morisma» articula un claro antagonismo basado en la religión y la ruptura de una unidad perdida llamada España)²⁶.

El último elemento a tratar hace referencia a la interacción de estos discursos con las realidades más amplias en las que sus emisores estaban inmersos. A finales del siglo XVIII, esa embrionaria e incipiente esfera pública de la que hemos hablado se hacía eco de las principales vicisitudes de lo que algunos ya presentaban como «el país» en sentido amplio y, con todas las limitaciones que se quiera, era una caja de resonancia de hechos lejanos que servían de estímulo a los productores de estos discursos. El caso más claro fue la Guerra de la Convención (1793-1795), que tuvo su impacto en la producción en los semanarios de Salamanca, donde abundaban unas lecturas del fenómeno que bien podrían calificarse de nacionales, identificándose con lo sucedido a Cataluña y animando a los catalanes a continuar la lucha. En este caso, la insistencia del componente católico es más común debido al contenido antirrevolucionario del conflicto, en el que se encuentran algunas proclamas verdaderamente reaccionarias²⁷. Así, se afirma con rotundidad que «todo

22. La permutación simbólica entre España y la Corona de Castilla así aparece en *ibidem*, p. 261, aunque cuando se menciona a la Corona de Aragón, tampoco se hace como un elemento ajeno, especialmente en Salamanca, cuya repoblación Dorado atribuye a aragoneses. Además, cuando hable de las comunidades de Castilla, incluirá a Zaragoza entre las sublevadas (*ibidem*, p. 366).

23. Entre los de la «nación española» se incluye al arcediano de Barcelona. *Ibidem*, pp. 291-292.

24. «Por cuyas palabras vemos que todo un León X se hace panegyrista de Don Diego [de Muros], dándole las gracias y engrandeciéndole el servicio hecho a la universal Iglesia, por lo que no solo alaba su fervoroso zelo, sino también a la Nación Española, que tales frutos produce». *Ibidem*, pp. 356-357.

25. Cfr. WULFF, Fernando. *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*. Barcelona: Crítica, 2003.

26. DORADO, Bernardo. *Op. cit.*, pp. 9 y 25.

27. No asignamos en este trabajo al calificativo de «reaccionario» ni «tradicionalista» ninguna connotación moral ni valorativa. Nos referimos a los contenidos de un mensaje a la vez político y cultural articulado en torno a los valores tradicionales (catolicismo como eje, monarquía poderosa, familia, orden jerárquico, etc.). Como veremos ya para el siglo XIX, uno de los avances historiográficos más importantes de los últimos años es la materialización en trabajos del poder de los factores xenófobos y religiosos en la construcción de identidades nacionales desde antes de lo que pensábamos. De hecho,

católico [...] debe tomar las armas y repeler a los enemigos de su ley, de su rey y de su patria»²⁸ y una hermandad religiosa salmantina celebra entonces un Aniversario General «por los que han fallecido en defensa de la religión, del rey y la patria»²⁹.

A veces, los redactores incluso se hacen eco de emisores externos, como una carta publicada del arzobispo de Tarragona pidiendo que se contribuya a conjurar el enorme peligro en el que está «nuestra España»³⁰. Otras, se hacen mensajes combinados: en un mismo periódico se incluye una exhortación a los castellanos en defensa de la patria común, donde se califica a los catalanes de hermanos y se da a entender que comparten una misma patria y una misma nación, para a continuación publicar la propia «Exhortación en defensa de la Patria» dirigida a los catalanes (no sabemos si escrita en Salamanca o en otro lugar), donde se repite el juego ambiguo Patria/Nación como Cataluña/conjunto de España, quizás por falta de definición o quizás porque ya estaba asumida y naturalizada esa idea de España como comunidad que venimos constatando³¹.

3. GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y NACIONALIZACIÓN, 1808-1814

3.1. LAS ÉLITES Y LA NACIONALIZACIÓN DE LA ESFERA PÚBLICA

Como ya hemos señalado, muchos de los elementos del discurso nacional utilizado durante de la Guerra de la Independencia ya habían aparecido con bastante anterioridad. Sin embargo, es el proceso político abierto por el Motín de Aranjuez en marzo de 1808 y los levantamientos del 2 de mayo en Madrid, con la subsiguiente formación de juntas, lo que tradicionalmente se utiliza como punto de partida de la contemporaneidad en España. Un proceso que siempre debe ser visto desde la conciencia de que en gran medida fue provocado por y se desarrolló en un contexto de ocupación militar y guerra. Esta no fue un mero teatro sino un factor fundamental en la definición de las diversas vivencias del mismo. En esta situación, el papel de las élites supone uno de los objetos de estudio más intensos y recurrentes para el estudio de la identidad nacional y la nacionalización pues su desempeño en el proceso político y parte del bélico es recogido como fundamental por la historiografía³².

la movilización nacional en torno a las ideas de defensa de la religión, la patria y el rey que se pondrá en marcha a partir de 1808 ya se encuentra en 1793, según ALONSO, Gregorio. *La nación en capilla. Ciudadanía católica y cuestión religiosa en España (1793-1874)*. Granada: Comares, 2014, pp. 23 y ss.

28. *Semanario Erudito y Curioso de Salamanca*, 6-IX-1794, p. 173.

29. *Ibidem*, 16-IX-1794, p. 208.

30. *Ibidem*, 11-X-1794, p. 18.

31. *Ibidem*, 23-XII-1794, pp. 189 y ss.

32. La visión de la Revolución Liberal española como un proceso exclusivamente dirigido por las élites no es muy sólida y por lo tanto la historiografía actual no la sostiene. Sin embargo, sí hay autores que consiguen articular un relato más o menos coherente en el que incorporan la conspiración

Es más, desde un punto de vista modernista, no solo sería un factor clave sino el factor decisivo, en tanto que la nación se concibe como un constructo cultural pergeñado por estas élites y posteriormente inoculado a las masas en el proceso de nacionalización. Incluso si no se está de acuerdo con este paradigma y se admite que la nacionalización desde arriba puede complementarse con la nacionalización desde abajo, las élites siguen resultando un eje de pivotaje ante la abundancia relativa de fuentes (al menos en comparación con otras dimensiones del proceso) y el hecho de que estas suelen ser el productor principal de los discursos nacionalizadores.

Uno de los impactos más vistosos del proceso político desatado en 1808 fue el despliegue decidido de procesos de nacionalización de la esfera pública. La impregnación de valores y lenguajes nacionales del espacio público y del propio funcionamiento de las instituciones constituye un buen punto de partida para abordar el estado y las características de la nacionalización española en Salamanca. Para ello, la presencia de las élites es ineludible, si bien, más que directores externos al proceso que manejan sus hilos e «inventan la nación» *ex nihilo*, deberíamos verlas como actores inmersos en él, condicionados por las circunstancias y las relaciones con otros grupos sociales, donde la intensificación del proceso de construcción nacional (que, como hemos visto, no es radicalmente nuevo) supone un punto más en los expedientes de resolución vital que los individuos y los grupos deben adoptar ante nuevos escenarios de excepcionalidad.

Desde luego, el concepto de élite es bastante elástico y múltiple, siendo los historiadores modernistas (entiéndase Edad Moderna), con sus estudios sobre redes sociales de poder, los que en la actualidad lo están dotando de contenidos más interesantes³³. Sin embargo, no hay espacio aquí para tratar estas cuestiones en la medida que requerirían de una metodología y uso de fuentes diferente al planteado en este estudio. Como definición de trabajo, baste la concepción de élites como todos aquellos grupos que se sitúan en una posición de preponderancia en los diferentes ámbitos de la sociedad de una forma relativamente estable. Por lo tanto, su asociación con el poder constituye el factor de definición fundamental y desde esa posición sus discursos sobre España, la nación y el patriotismo durante la guerra suponen un eje explicativo necesario y esencial.

o dirección de las élites en muchos procesos que otros consideran espontáneos, como los propios levantamientos de la primavera-verano de 1808. Cfr. FRASER, Ronald. *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia*. Barcelona: Crítica, 2006.

33. IMÍZCOZ BEUNZA, José María. «Las redes de la monarquía: familias y redes sociales en la construcción de España». En CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco y BESTARD COMAS, Joan (dirs.). *Familias: historia de la sociedad Española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid: Cátedra, 2011, pp. 393-444.

3.1.1. Poderes municipales, eclesiásticos y universitarios

Como es sabido, las diferencias entre discurso y realidad son frecuentes y en algunos casos vergonzosamente palmarias. La reconstrucción que se hará aquí intenta recomponer una versión aproximada de las ideas de las élites salmantinas sobre España y la nación³⁴. El papel concreto que tuvieron en el proceso bélico y cómo las recibió el emisor es algo mucho más difícil de rastrear. Además, las limitaciones interpretativas no solo vienen por el lado del receptor sino también por el del emisor. No hace falta una provisión contra la ingenuidad sino tan solo explorar algunos casos concretos para saber que muchas veces aquellas mismas élites que lanzaban diatribas contra los franceses y a favor de la lucha patriótica se moderaban o incluso colaboraban cuando estos controlaban Salamanca y su vida o patrimonios estaban en peligro.

Un caso muy claro es el del marqués de Cerralbo. El 4 de junio de 1808 se produce la movilización contra la corporación local del marqués de Zayas³⁵. Según las fuentes, el «pueblo fermentado» que ahora se movilizaba le acusa de «inteligencia con los franceses». De esta forma, se saca el estandarte de la Virgen de la Concepción en solemne procesión hasta la casa del corregidor, donde el gobierno «absolutista» es derrocado y se forma una «Junta nombrada por el pueblo»³⁶, pero ocupada de inmediato por prácticamente las mismas élites anteriores y desde luego fuertemente mediatizada por las corporaciones tradicionales de Antiguo Régimen (élites municipales, universitarias, capitulares). Para presidirla, es elegido el marqués de Cerralbo, grande de España, al que prácticamente tienen que ir a buscar («le vuscó el pueblo para que le dirigiere en la oposición que pretendía hacer a los franceses»), pero que en su aceptación (obligada según se intuye) no duda en proclamar su intención de «contribuir a la defensa común, no solamente de un pueblo y partido que le había dispensado su confianza, sino de la nación entera»³⁷. Sin embargo, este mismo individuo no tendrá ningún problema en disolver la junta y huir nada más que se acerquen los franceses a Salamanca y participar

34. Partimos como referencia de REDERO SAN ROMÁN, Manuel y BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Andrés. «Castilla y España en las élites castellanas durante la implantación del Estado liberal (1808-1868)». En ESTEBAN DE VEGA, Mariano y CALLE VELASCO, M.ª Dolores de la (eds.). *Op. cit.*, pp. 47-65, aunque nuestro estudio es más intenso y difiere ligeramente en las fuentes, además de circunscribirse solo a Salamanca.

35. Acontecimientos narrados en ZAONERO, Joaquín. *Libro de noticias de Salamanca que empieza a rejir el año de 1796*. Edición crítica de Ricardo Robledo. Salamanca: Librería Cervantes, 1998, p. 44.

36. Archivo Catedralicio de Salamanca [ACS], *Actas capitulares 1805-1810*, folio (en adelante, fol.) 279. Archivo de la Universidad de Salamanca [AUSA], *Libros de claustros 1808-1810*, fol. 552r. Véase cómo los miembros de esta Junta la veían más como una forma de controlar la situación que como una adhesión al movimiento popular, al que temían y a la vez despreciaban, en el Archivo Municipal de Salamanca [AMSA], *Actas consistoriales 1808*, fols. 87r.-88r.

37. Lo entrecomillado procede de un poder que dio el mismo marqués a su secretario para hacer gestiones en Madrid. Archivo Histórico Provincial de Salamanca, Protocolos Notariales, n.º 5917, fol. 76r.

en la administración josefina en 1810, para después ser regidor del Ayuntamiento constitucional en 1813³⁸.

A este respecto, el pragmatismo y la supervivencia siempre deben conjugarse con la identidad y el patriotismo. Detrás está el cinismo, el natural instinto de conservación, el miedo o la voluntad de beneficio, lo cual obviamente no es exclusivo de esta época. Pero que esto sea así no puede llevarnos a obtener la falsa conclusión de que todo era impostura e hipocresía, y de que no sirve de nada estudiar el discurso pues quien lo emitía era el menos convencido de ello. La realidad es mucho más compleja y a los factores anteriores habría que añadir otros casos de verdadero convencimiento o, en todo caso, de operatividad de ese discurso en un contexto determinado más allá de la sinceridad o el compromiso real en la interiorización de esas ideas.

Bajo los principios generales de radicalización según la mayor distancia al emisor de los franceses y de, en momentos claves del proceso, especial exacerbación (la formación de juntas en 1808 o la proclamación de la Constitución y la «liberación» de la ciudad en 1812), los discursos de las diversas élites locales (también incluimos a las capitulares y las universitarias, siendo muchas veces un mismo individuo miembro de las tres) tienen diversos componentes y contenidos. Desde luego, las esferas institucionales suelen presentar una mayor moderación y mezcla con los componentes más de Antiguo Régimen que algunas fuentes más personales y abiertas, como los artículos de opinión en prensa. Con todo, el patriotismo y la idea de defensa de la Nación es algo que aparece con profusión en los diversos pronunciamientos sobre el tema, si bien es verdad que estos no acaban absorbiendo y desplazando del todo otro tipo de discursos y actividades más prosaicas o regulares³⁹.

Además, algunos individuos radicales pudieron ejercer de dinamizadores de sus propias instituciones mientras estaban ellos en el poder. Es importante el caso de José María Puente, que fue corregidor interino de Salamanca en junio de 1808 hasta abril de 1809 y que acabaría huyendo una noche disfrazado a Ciudad Rodrigo, y finalmente al Cádiz de las Cortes⁴⁰. Desde su puesto al frente de la corporación municipal, Puente publicó en 1808 una proclama titulada «Opinión general de la nación española después que los franceses evacuaron la capital de Madrid, extendida

38. Como así lo demuestran los estudios sobre los archivos municipales. Véase POLO MARTÍN, Regina. *Absolutismo, afrancesamiento y constitucionalismo. La implantación del régimen local liberal (Salamanca, 1808-1814)*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2008, p. 337.

39. Hasta el punto de que en algunos momentos, pasada la euforia patriótica, se dio por parte de unas autoridades que no dejaban de ser conservadoras un estado de tranquilidad muy cercano a la pasividad que indignaba a algunos individuos particularmente sensibilizados, como el que escribe una carta a Floridablanca el 6 de diciembre de 1808, recogida por Ricardo Robledo, denunciando el poco patriotismo de la Junta, llegando a usar palabras como «traición» o «cabezas viciadas». Archivo Histórico Nacional [AHN], Sección Estado, legajo 81L, fol. 290.

40. Tenemos constancia de su huida por una carta de 26 de julio de 1809, donde pide que se le asigne destino. AHN, Sección Estado, legajo 32A, fol. 308.

por el Corregidor Alcalde Mayor de Salamanca, en obsequio de la patria», en la que se pronuncia sobre la situación general del país en ese momento clave, desplegando buena parte de un pensamiento nacional-liberal que difícilmente podría corresponder con el resto de la corporación local, pero que es síntoma de la existencia en Salamanca de esa multiplicidad de discursos que se da en toda España, con contenidos diversos que van desde el práctico liberalismo hasta la concepción de la nación más tradicional y austracista. Para Puente, los franceses son «nuestros mortales enemigos», se sugiere una equiparación de pueblo con nación, la cual tiene una «voz universal». Además, los capitanes generales de las regiones deben sujetarse cuanto antes a una Junta suprema en tanto que los ejércitos que dirigen no son de sus regiones sino que «son de España, de esta Nación que ha sido la única en donde encontró Napoleón virtud y honradez»⁴¹.

El propio Puente aclara sus ideas desde su exilio, después del cual intentará infructuosamente volver a ser corregidor en julio de 1812. En 1811 publicará el opúsculo «Asilo de la Nación española», muchísimo más radical que el anterior, en el que aconsejaba la búsqueda de un nuevo soberano para España en la casa real británica y se preguntaba: «¿Los derechos de la Casa de Borbón deberán ser preferidos a los de los veinte y cinco y más millones de almas (que se los prestaron) quando hay imposibilidad de que la Nación rescate a su Rey? Fuera preocupaciones: el bien general es primero que el particular, es primero que una Casa: de aquí manan los principios que los Reyes son para las Naciones, no estas para ellos»⁴².

Por su parte, la Iglesia, poder esencial durante el Antiguo Régimen y también ahora, imprimió a la Junta desde sus inicios un tono enormemente conservador y religioso. El que era obispo de Salamanca desde 1807, fray Gerardo Vázquez (y lo será hasta 1821), combinó un talante contemporalizador en ciertos momentos con una actitud claramente antifrancesa en otros, sobre todo desde su huida a Orense en 1810. En 1814 firmaría el Manifiesto de los Persas. En la ciudad, el Cabildo representaba uno de los focos de poder eclesiástico más importantes, en tanto que gestionaba la catedral y sus gigantescos patrimonios muebles e inmuebles. Parece ser que en los primeros momentos, donde la dicotomía nación liberal/nación absolutista no está tan clara, el clero fue uno de los factores de nacionalización más fuertes (y cercanos a la población en general), que será posteriormente reconducido hacia una idea de España restringidamente conservadora y católica que aparecerá madura y definida frente a la más liberal (moderada o progresista) ya entrado el siglo XIX.

41. PUENTE, José María. *Opinión general de la nacion española despues que los franceses evacuaron la capital de Madrid, extendida por el Corregidor Alcalde Mayor de Salamanca, en obsequio de la patria*. Salamanca: Oficina de Juan Vallejera, 1808, pp. 3, 27 y 34.

42. PUENTE, José María. *Asilo de la Nación Española*. Cádiz: Oficina de Nicolás Gómez de Requena, 1811, p. 22. Puente presentó esta obra a las Cortes, las cuales la censuraron y algunos diputados propusieron abrir causa contra él, que finalmente no prosperó ante la defensa que de él hizo el diputado salmantino Valcárcel Dato. *Diario de Sesiones de Cortes* [DSC], sesión del 1 de abril de 1811, pp. 806-807.

El Cabildo también participó en la Junta y varios de los eclesiásticos bajo su autoridad se alistaron en el ejército «para la defensa de la Patria, Rey y Religión»⁴³. Tras la victoria de Bailén, el deán propone el tradicional *Te Deum* y la califica de «la victoria más completa que de muchos siglos a esta parte ha visto la Nación española»⁴⁴, como si contemplara su existencia desde épocas pretéritas. En julio de 1812 será en la catedral donde se reúnan las élites locales, se jure la Constitución sobre los evangelios y se exhorte al pueblo⁴⁵. Sin embargo, el predominio del conservadurismo explícita o indirectamente antiliberal, del tradicionalismo católico y la centralidad de la monarquía será en el Cabildo mucho más fuerte y temprano que en otras instituciones.

Las manifestaciones patrióticas de la Universidad son menos abundantes a título corporativo (y muchas de ellas cargadas de un tono formal), pero nada despreciables en algunos individuos y momentos. En un principio, la Universidad se aprestó a colaborar con la convocatoria de Bayona, pero la conformación de la Junta recondujo su actitud, nombrando a un representante y declarándose «pronta a concurrir con todos sus recursos en beneficio de la causa pública»⁴⁶. Así lo hizo en las numerosas contribuciones que se le solicitarían y en la financiación de los pertrechos del batallón de estudiantes «que habían de marchar para hacer el servicio por la Nación»⁴⁷, a los cuales se les concedieron varias gracias y distinciones, como la convalidación por años de estudio del tiempo que sirvieran en el ejército.

Los libros de claustros recogen la ceremonia de entrega de insignias y constitución formal de este batallón (que tendría un desempeño militar no muy destacado), en la que el alcalde mayor, que por las fechas sería José María Puente, declara que «ha manifestado su protección azia ustedes en la Junta Militar de esta ciudad creada con motivo de las hostilidades que experimenta la Nación y la necesidad en que esta se halla de defenderse y sacudir el yugo con que intenta subyugarla la Francia»⁴⁸, añadiendo que «esperaba su puntual desempeño en todas las obligaciones de buenos y valerosos soldados que la suerte y las circunstancias les había puesto de defender la Patria y libertar a la Nación del vergonzoso iugo a que con infamia se les quería sujetar»⁴⁹. De esta forma, es difícil no pensar que ceremonias y actos de este tipo tuvieran un cierto efecto nacionalizador sobre sus participantes, aunque fuera en los términos de la excepcionalidad bélica.

La facilidad y masivo cumplimiento con la que se jura la «Constitución de la Monarquía Española» en julio de 1812, a la que en su felicitación a las Cortes la Universidad califica de «magnífico monumento de nuestra independencia, libertad

43. ACS, *Actas capitulares, 1805-1810*, fol. 283v.

44. ACS, *ibidem*, fol. 301r.

45. ACS, *Actas capitulares, 1810-1815*, fols. 258-259.

46. AUSA, *Libros de claustros, cursos 1808-1810*, fol. 554r.

47. AUSA, *ibidem*, fol. 558r.

48. AUSA, *ibidem*, fol. 564r.

49. AUSA, *ibidem*, fols. 564v.-565r.

y felicidad»⁵⁰, quizás pueda interpretarse como un progreso en la nacionalización de la institución, que en algún momento llega a llamarse «Universidad Nacional de Salamanca»⁵¹. Sin embargo, la investigación sobre los últimos años de la guerra y la fácil vuelta al absolutismo constituyen un punto de debate sobre el alcance real de los discursos y en qué medida cada contenido responde a una concepción coherentemente asumida de la nación española o a la conveniencia del momento.

3.1.2. Prensa y discurso nacional

Desde un punto de vista más general, la prensa que se publicó en Salamanca en aquella época fue otro ámbito de discusión y difusión de discursos nacionales de esas élites que copaban las instituciones de poder anteriormente tratadas, si bien no refleja las visiones de todos ni tiene la seguridad del apoyo del poder (en algunos casos sí, al utilizar las instituciones a ciertos diarios como cauce oficial de información)⁵². Sin embargo, sí permite hacer una valoración cualitativa de las ideas que estaban en discusión en aquellos momentos. En líneas generales, podemos afirmar que fue un espacio de exaltación patriótica (donde se observa una evolución ascendente a medida que avanza la guerra) y de mayor predominio de las ideas más liberales, aunque la Iglesia nunca dejó de estar presente⁵³.

La defensa de la patria frente al invasor es la idea predominante, aunque también aparecen otras de tipo político, observándose en los primeros momentos esta falta de enfrentamiento entre los componentes más católico-traditionalistas y los más liberales. Un ejemplo es un número de agosto de 1808, en plena «efervescencia patriótica», donde se publica una «Proclama de nuestro Santísimo Padre Pío VII a los católicos españoles», en la que a la par que el Papa reclama su liberación se lanzan exhortaciones como: «Valerosos españoles, hijos de la Iglesia, apresuraos a la victoria [...] Levantad vuestros reales y perseguid al usurpador de todas las naciones». Más adelante afirma: «Haced saber a las naciones del Norte que ya se acabó la opresión y que la espada española va a vibrar el golpe decisivo sobre la cabeza del traidor». La proclama termina: «si sobrevivo a esta época fatal, os haré

50. DSC, sesión del 7 de agosto de 1812, pp. 3511 y ss.

51. AUSA, *Libros de claustros, cursos 1810-1813*, fol. 406r.

52. Simplificando, podríamos encontrar tres tipos de documentos: las proclamas oficiales, los ensayos de opinión o proclamas particulares copiadas de otros periódicos y los artículos de autores locales. Los momentos mejor cubiertos son 1808 con el *Correo Político y Literario de Salamanca* y 1813, con el *Diario del Gobierno de Salamanca y su Provincia*. El *Semanario Político Militar de Castilla La Vieja* se publicó en 1812, pero solo se conserva un número. Del resto del tiempo no hemos encontrado prensa que haya llegado hasta la actualidad.

53. De hecho, en algunos textos de 1813 la evolución de esa concepción moderna de la nación ha llegado al punto de desprenderse de la centralidad del Rey, proclamando su libertad y soberanía e incluso relegándolo a un papel secundario: *Diario del Gobierno de Salamanca y su provincia*, 30-VI-1813. Otros exhortan a los salmantinos a no cejar en el empeño ni a relajarse pues todavía hay franceses en la nación y colocan al discurso nacional como el centro de la justificación del sistema político (incumplir las leyes es un delito contra la Nación): *ibidem*, 1-VII-1813.

reconocer cuál es mi reconocimiento si derramáis vuestra sangre por la Religión, por la Patria y por vuestro católico Monarca Fernando VII, a quien deseo toda la felicidad»⁵⁴.

En el mismo periódico salmantino se incluye uno de los conocidos catecismos patrióticos que circularon en la época por varios diarios y que es sintomático, además de la confluencia de varios ámbitos locales bajo el signo de un mismo lenguaje político, de esta compatibilidad de catolicismo y patriotismo en la retórica nacional antifrancesa: «P. Decid, niño, cómo os llamáis? / R. Español, por la gracia de Dios. / P. ¿Qué quiere decir español?/ R. Hombre de bien. (etc.)»⁵⁵.

La integración con otros periódicos de otras partes de España y el interés por la inserción de noticias procedentes de otros lugares es continua y manifiesta. Así, los diarios de Salamanca se hacen eco de la proclama de la Junta de Murcia pidiendo la formación de una Junta Central Suprema, a la que el redactor introduce como el «voto universal de todos los hombres de bien, de todo verdadero Español» y «el más seguro camino para la salvación de la patria»⁵⁶. La inclusión de noticias de otros lugares sobre la marcha de la guerra y la implicación en sus destinos como partes de una misma nación es la tónica de esta prensa política.

A finales de junio de 1813 la administración liberal-patriota, recientemente terminada la última ocupación francesa de Salamanca, presenta su diario oficial, cuyo prospecto comienza: «¡España libre! ¡La Nación reconocida soberana por los Gobiernos extranjeros que no han querido entrar en las miras infames del Tirano de la Europa! ¡Qué ideas tan agradables y lisonjeras!», tras las cuales añade: «Gracias a Dios podemos pronunciarlas sin miedo, porque están consagradas en nuestra Constitución, en ese monumento inmortal que los Padres de la Patria acaban de levantar a su gloria y a la de toda la Nación»⁵⁷. Poco tiempo duraría este diario y la prensa en general, suspendida la libertad de publicar con la restauración fernandina. Sin embargo, lo suficiente como para recordar que la guerra había sido una empresa nacional y que aunque los franceses hubieran abandonado Salamanca, esta no había terminado.

En fin, salmantino, respiráis en libertad. [...] ¡Ya llegó! ¡Su precio es inestimable! Mas no basta conocerlo así. Un hombre libre, un digno Español debe aspirar a más. Aún hay enemigos en la Península, y mientras existan debemos velar continuamente, no sólo para hacerles la guerra hasta arrojarles más allá de los Pirineos, sino hasta acabar con el monstruo horroroso que nos ha causado tantos males, y con su enemiga generación. [...] Su interés [el de nuestros enemigos] está fijado en nuestra desunión. Reducidos a la alternativa de ser dominados por los Franceses o de sufrir todos los horrores de la guerra, resolvimos tomar el último partido,

54. *Correo Político y Literario de Salamanca*, 6-VIII-1808, pp. 2-3.

55. *Ibidem*, 6-VIII-1808, p. 3.

56. *Ibidem*, 2-VIII-1808, p. 1.

57. *Diario de Gobierno de la Ciudad de Salamanca y su Provincia*, 30-VI-1813, prospecto.

que nos ha coronado de gloria. ¿Seremos tan mezquinos o conoceremos tan poco nuestro carácter que podamos temer que nos domine otra Nación? Yo creo que todo Español debe avergonzarse aun de pensarlo⁵⁸.

A la vez, la retórica nacional que se había empleado contra los afrancesados comienza a dirigirse contra los adversarios políticos de forma clara. Así, se acusa veladamente a los «agentes del despotismo» de antipatriotas y se dice que el incumplimiento de las leyes sancionadas por la «voluntad general», «como hoy sucede en España», es un «delito de lesa Nación contra el que debe declararse todo Ciudadano, no con puñales, cuyo tiempo debe haber pasado, o no debió existir, sino con razón»⁵⁹. Más allá de esto, parece claro que la nacionalización de la esfera pública, entendida esta como el alzamiento del horizonte nacional como posibilidad efectiva de articulación hegemónica de la vida comunitaria, ya estaba plenamente consolidada, al menos para los liberales. Su permanencia o no más allá de la caída del liberalismo supone el gran desafío sobre la propia continuidad del referente nacional a partir de 1814⁶⁰.

3.1.3. *Los diputados salmantinos y la nación española*

Las intervenciones de los diputados salmantinos en las Cortes de Cádiz sobre el objeto de este trabajo fueron relativamente escasas. Además, no son exactamente discursos nacionalizadores que llegaran a los habitantes de su provincia, pero sí pueden ser tomados como un síntoma de las ideas de sus élites, por lo que los incluiremos brevemente en nuestro análisis⁶¹. Aunque los escasos diputados liberales, como José Valcárcel Dato, fueron los más activos, los diputados absolutistas eran la mayoría. Dos de ellos, Jerónimo Antonio Díez y Vicente Ruiz Albillos, llegaron a ser presidentes de las Cortes en 1814.

En sus intervenciones, el uso de los términos «nación» y «nacional» es frecuente, así como la demonización de los franceses y Napoleón y el «orgullo» de representar a la propia provincia. Sin embargo, la concepción unitaria, popular y soberana de la nación, así como la guerra como empresa nacional, se observan más en las diversas intervenciones de los liberales. Así, Valcárcel Dato afirma que «Los españoles han sostenido, sostienen y sostendrán con asombro y admiración de todo el orbe, y

58. *Ibidem*, 1-VII-1813, p. 1-2. Véase cómo todos los rasgos de la mitología nacional ya están maduros en este discurso: unanimidad, manipulación del pasado, idea de la nación como un conjunto social orgánico, apelación al vínculo emotivo comunitario, etc.

59. *Ibidem*, pp. 4-5.

60. He tratado esta cuestión en MORENO ALMENDRAL, Raúl. «Nación, identidad y política en una ciudad castellana: liberales y absolutistas en Salamanca, 1814-1833». En *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*, n. 16, 2013. León: Fundación Fermín Carnero, pp. 237-255.

61. *Vid.* PERFECTO, Miguel Ángel y GARCÍA, Javier. «Salamanca y las Cortes de Cádiz. Estudio político-social de los diputados salmantinos». En *Salamanca. Revista de Estudios*, n. 29-30, 1992. Diputación de Salamanca, pp. 201-242.

con más heroicidad y constancia que hasta aquí (si posible fuese), la más terrible lucha que han emprendido por conseguir su libertad e independencia [...] Esta es, Señor, la divisa y los principios de que está animada la magnánima Nación española, que V.M. tan dignamente representa»⁶² (asociación Cortes-soberanía-nación).

Los absolutistas insisten más en la religión, la persecución de la diversidad de opiniones (diferencias que entienden como una debilidad) y la soberanía del monarca, adornada con la consabida mitificación de Fernando VII (la actividad de los absolutistas aumenta en el debate sobre la abolición de la Inquisición). No niegan la condición nacional de la guerra y del proceso político, sino que la redefinen de acuerdo a contenidos monárquicos y católicos, tradicionales pero adaptados al nuevo contexto.

Sin embargo, las posiciones no son monolíticas y a veces hay interinfluencias impuestas por el entorno y las obligaciones parlamentarias (que acabarán por disolverse después de 1814). En un discurso como presidente de las Cortes, el absolutista Díez manifiesta una exaltación patriótica propia de los liberales, pero fuertemente influida por el ascendiente de Fernando, al que califica de «león de España» que «despierta y con sus garras rompe los grillos que un vil e ingrato valido [Godoy] había puesto a un pueblo generoso» (identificación rey-pueblo), a la vez que narra cómo los «dignos padres de la Patria» habían publicado «la sabia Constitución de la Monarquía, que asegura la libertad justa y racional de los ciudadanos» y proclama: «Gloria eterna al pueblo español, que ha podido romper el yugo con que se pretendía sojuzgar a toda Europa»⁶³.

3.2. EL PROBLEMA DE LOS AFRANCESADOS

El fenómeno de los afrancesados o, como parte de la historiografía sostiene que se deben llamar, los «josefinos», ha recibido menos atención historiográfica que otros aspectos de la Guerra de la Independencia. Eran los traidores, la anti-España, los falsos españoles, los derrotados en una guerra nacional que se ganó. Sin embargo, desde que Artola (entre otros autores) consiguiera colocarlos en la agenda de la historiografía hace décadas, se ha avanzado bastante en los trabajos sobre este fenómeno en el que confluyen muchas cosas. No hay un tipo único de afrancesado y en el bando que luchó contra los «patriotas» se encontraron desde los propios soldados franceses, los juramentados españoles, los arribistas que intentaban sacar un beneficio y bastantes ilustrados, muchos de ellos antiguos godoyistas, que se sumaron a la causa del rey José por convicción⁶⁴.

62. DSC, sesión del 30 de diciembre de 1810, p. 269.

63. *Actas de Sesiones de Cortes* [ASC], sesión del 19 de marzo de 1814 (día en que se hace coincidir la proclamación de la Constitución con la resolución del Motín de Aranjuez), p. 147.

64. Sobre los afrancesados, véanse: ARTOLA, Miguel. *Los afrancesados*. Madrid: Alianza, 1989. LÓPEZ TABAR, Juan. *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001. LUIS, Jean-Philippe. «El afrancesamiento, una cuestión

El hecho de haber sido uno de los objetos de la demonización, asociado a la alteridad contra la que se construye la identidad española en guerra, ha distorsionado nuestra visión de una realidad más compleja. Ciertamente, el proyecto josefino para España se hallaba entre la presión de, por un lado, un Napoleón que la veía como una pieza satélite en su proyecto imperial (muchas veces sus mariscales se comportaban como pequeños déspotas en sus regiones militares y no obedecían a José I) y, por otro lado, un decidido proyecto de modernización de raíz ilustrada que acabaría desgarrado en una guerra nacional en la que se le identificaba con el mal y la anti-España. Esto último tampoco es muy difícil de entender dado el proceso en sí, que desde un punto de vista contemporáneo podría parecer ingenuo, de pretender la imposición de un rey y una subordinación política sin que hubiera ninguna resistencia significativa. De hecho, al apartar al Rey de su Reino y confinarlo en Valençay, Napoleón *malgré lui* hizo las veces de colaborador necesario para el surgimiento de una «revolución de nación» en España, parafraseando a Portillo Valdés, al propiciar con sus actos la elaboración del mito del rey cautivo y liberal y servir simbólica y prácticamente de nexo de unión entre los diversos grupos «patriotas».

En Salamanca, estas ideas aparecen en las fuentes, con el factor añadido de que la ciudad experimentó largos periodos de gobierno josefino (especialmente entre 1809 y 1812) en el que las diversas autoridades colaboraron, algunas de ellas con cierto entusiasmo. En la ciudad también hubo algunos afrancesados, como el corregidor Casaseca, varios catedráticos o importantes grupos en el clero, sobre todo en el Cabildo⁶⁵. Además, tenemos que tener presente la existencia de esas largas etapas de gestión y ocupación francesa que supusieron grandes cambios para la ciudad, no solo en el sentido del saqueo y la pérdida patrimonial, sino también de algunas huellas duraderas, como la creación de la plaza de Anaya. El mariscal francés que la ordenó, Paul Thiébault, fue gobernador militar de Salamanca en 1810, y en sus memorias se refiere a Casaseca como «las autoridades españolas», desconfía de la adhesión de los eclesiásticos y reconoce con algo de vanidad la existencia de «un projet conçu par moi seul, conduit avec le plus grand secret, avec bonheur, dont le but était de faire combattre les Espagnols par des Espagnols, et dont la conséquence pouvait être la conquête morale de l'Espagne»⁶⁶.

abierta». En *Ayer*, n. 86, 2012. Madrid: Asociación de Historia Contemporánea, pp. 89-109. RÚJULA, Pedro (ed.). «Los afrancesados» (dosier monográfico). En *Ayer*, n. 95, 2014. Madrid.

65. BARBASTRO GIL, Luis. *El episcopado español y el alto clero en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Alicante: Instituto Juan Gil-Albert-Diputación, 2013, pp. 49-51. Es también interesante el dossier de documentos sobre clero afrancesado salmantino reunido en el «apéndice C» de ROBLEDO, Ricardo. *Op. cit.*, 2003, pp. 117 y ss.

66. THIÉBAULT, Paul. *Mémoires*. París: Librairie Plon, vol. 4, 1895, pp. 426-427 y 452. La parte concerniente a España de estas memorias ha sido editada en español por dos especialistas en la historia de Salamanca de este periodo. *Cfr. Memorias del general Thiébault en España (1801-1812)*. Edición de Ricardo Robledo y Miguel Á. Martín. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2015.

De hecho, las relaciones del ejército francés con los españoles josefinos que administraban el poder en los momentos de ocupación eran a veces bastante tirantes y temerosas, dando la sensación de que más que colaborar materialmente al esfuerzo bélico algunos intentaban aplacar al general de turno y minimizar el daño de los saqueos. Con todo, los josefinos, pese al escaso número que se intuye, proporcionaron a la ocupación francesa extractiva un soporte logístico mínimo y extendieron su colaboración a otros ámbitos. Así, en una proclama de 20 de septiembre de 1810, Casaseca exhorta a los habitantes de la provincia a no oponerse a los franceses pues eso supondrá su destrucción, califica a las guerrillas de bandidos «que combaten a nuestra Nación misma» y aconseja el «desengaño» respecto a una Inglaterra «que quiere la ruina de todas las naciones»⁶⁷.

Lo fundamental era mantener el orden y la tranquilidad, evitar sublevaciones y movilizaciones. Y así se lo comunicaban a las autoridades tradicionales, como el oficio que recibió el Cabildo del marqués de la Granja en julio de 1809 pidiéndole la cesión de parte de las rentas asignadas al «clero de España» para el sostenimiento de las tropas francesas, terminando con un «espero la contestación de V.S.I. que no dudo me dejará satisfecho y obligado a manifestar al soberano [José I] su patriotismo y recomendable conducta en todas las circunstancias de esta naturaleza»⁶⁸ o en agosto de ese año en el que el mariscal Ney le persuade de «la obligación en que se halla, aora más que nunca, todo hombre honrado amante de la Patria de concurrir con todos sus esfuerzos a ilustrar los ánimos y dirigir el espíritu público hacia el verdadero interés que debe conducirle, procurando y promoviendo de todos modos la tranquilidad y el sosiego que hará desde luego la felicidad doméstica de las familias y prepara la de los pueblos y de la España entera»⁶⁹. Esto, si bien respondía a necesidades estratégicas de los mandos franceses, también se conjugaba con una idea de España concreta y un discurso nacional que puede entreverse en las proclamas y obras de estos actores.

La moderación, el reformismo, la desconfianza del fanatismo religioso, el patriotismo sosegado y pragmático que ve en Francia la fuente de la modernidad a la que el país debería acercarse en lugar de alejarse son rasgos diferenciadores de una idea nacional que por lo demás se aproxima mucho a la de los liberales. Aspectos como asumir el nombre de «bienes nacionales» podrían interpretarse como síntomas de patriotismo español, pero la ilusión se desvanece cuando se revela su intencionalidad expropiadora en su uso para el sostenimiento del ejército francés. Para muchos contemporáneos, tener naturalizado el término español o nación española⁷⁰ (tanto en franceses como afrancesados) poco servía para ese proyecto nacional, si en la práctica se trataba de esquilmar o someter a esa nación que supuestamente se quiere modernizar. Así, la naturaleza contradictoria en última

67. BGUS, 60006, 48.

68. ACS, *Actas capitulares, 1805-1810*, fol. 422v.

69. ACS, *ibidem*, fol. 430r.

70. AUSA, *Libros de claustros, cursos 1808-1810*, fol. 133v.

instancia de un proyecto nacional regenerador a largo plazo con unas soluciones a corto plazo que pasaban por la subordinación y la colaboración con extranjeros en contra de compatriotas acabarían por hacer naufragar ideológicamente a la España josefina, si bien fue la derrota militar francesa lo que determinó su fin.

3.3. EXPERIENCIAS DE NACIÓN: LA NACIÓN DESDE ABAJO Y LAS PERSPECTIVAS INDIVIDUALES

En la actualidad uno de los grandes frentes de avance en la historia los procesos de construcción nacional es la llamada «nación desde abajo». El objetivo es explorar dimensiones del proceso de construcción nacional no mediadas por la esfera pública y las instituciones del Estado. En un principio, esta idea se asoció al llamado «patriotismo popular», es decir, al apoyo y adhesión de los heterogéneos grupos no elitarios a la idea de España como nación. Un sector de la historiografía aún importante niega o amortigua el componente nacional-popular de la Guerra de la Independencia⁷¹. Esto ha sido a su vez contestado y matizado por otros autores⁷². En el fondo, el problema está en que una vez que se superan los relatos nacionalistas canónicos del levantamiento nacional unánime es muy difícil interpretar unas fuentes que son escasas y contradictorias, requiriendo a veces de referencias indirectas. Además, siempre existirá el problema de la representatividad, acentuado cuando se trata de conocer qué pensaba y sentía la mayoría de la población a principios del siglo XIX. Con todo, algunos autores abogan directamente por una participación activa de grupos populares en un sentido político (incluyendo lecturas en clave nacional), aunque no necesariamente a favor de los liberales⁷³.

Sin haber llegado a una solución a este problema, la nación desde abajo ha ampliado su significado analítico incorporando una perspectiva diferente: ya no se trata tanto de escudriñar la identidad de las bases de la pirámide social como de reconstruir la polifonía de experiencias personales y cotidianas de nación⁷⁴. Así, el rastreo de significados nacionales en la movilización social y las escasas huellas de los más humildes podrían complementarse con el acceso al peso de la nación

71. Cfr. ÁLVAREZ JUNCO, José. *Op. cit.*, pp. 119 y ss. ESDAILE, Charles. *Las guerras de Napoleón*. Barcelona: Crítica, 2009, pp. 400 y ss. FRASER, Ronald, *Op. cit.*

72. Quizás el libro más logrado en este sentido es HOCQUELLET, Richard. *Resistencia y revolución durante la Guerra de la Independencia: del levantamiento patriótico a la soberanía nacional*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008.

73. RÚJULA, Pedro. «La densificación del universo político popular durante la Guerra de la Independencia». En RÚJULA, Pedro y CANAL, Jordi (eds.). *Guerra de ideas: política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*. Madrid: Marcial Pons, 2012, pp. 173-191.

74. MOLINA, Fernando. «La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional». En *Ayer*, n. 90, 2013. Madrid: Asociación de Historia Contemporánea-Marcial Pons, pp. 39-63; ARCHILÉS, Ferran. «Lenguajes de nación. Las “experiencias de nación” y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate». En *Ayer*, n. 90, 2013. Madrid: Asociación de Historia Contemporánea-Marcial Pons, pp. 91-114. MORENO ALMENDRAL, Raúl. «La nación de los sujetos: propuestas para una investigación de los fenómenos nacionales a comienzos de la época contemporánea». En *Rúbrica Contemporánea*, vol. 6, n. 11, 2017. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 5-23.

en el discurrir vital de sujetos concretos e individuales de cara a reconstruir esa «nación desde abajo»⁷⁵. Esto no soluciona los problemas de fragmentación y representatividad, pero sí permite una vía hasta ahora poco transitada que nosotros hemos intentado recorrer de las limitaciones del marco local⁷⁶.

La participación de agentes ajenos a la élite de poder local durante el proceso político es perceptible en Salamanca desde el principio, incluso desde los días posteriores al Motín de Aranjuez, cuando la multitud destruye el medallón de Godoy en la Plaza Mayor. La movilización de estudiantes del 4 de junio de 1808 parece ser espontánea y no hay pruebas de ninguna conspiración del clero, más aun cuando las fuentes insisten en que en esos momentos el pueblo estaba «fermentado»⁷⁷. El estudio de las movilizaciones populares en clave nacionalizadora siempre está sujeto a controversia, y en este caso el resultado del trabajo con las fuentes contiene muchas interpretaciones e indefiniciones difícilmente contrastables y ponderables, fuentes que ya de partida utilizan vocablos tan sumamente imprecisos como «muchedumbre» o «pueblo».

A pesar de todo lo anterior, parece posible ofrecer una visión historiográfica de este tema en Salamanca desde la perspectiva de la nacionalización desde abajo en dos ámbitos, siempre a través de esas dos experiencias personales señaladas. En primer lugar, se tratará la cuestión de la identidad, de qué sentimientos de adscripción comunitaria a nivel cotidiano podían tener los salmantinos en aquel momento. En segundo, se abordará el tema de las experiencias nacionalizadoras, a través de algún momento significativo del que tenemos constancia.

Desde luego, el aspecto que permite una interpretación más segura lo constituye el de la identidad. A este respecto, en ambos testimonios se puede afirmar una sólida naturalización de la identidad española como algo no cuestionado, pero siempre compatible con una fuerte identidad local. Términos como nación o patria, usados tanto en sentido tradicional como moderno, son relativamente frecuentes (quizás con una mayor profusión del término «patria» respecto a la escasez del término nación en su sentido más contemporáneo, menos centrado en las comunidades de nacimiento y cultura del Antiguo Régimen)⁷⁸.

Puede que la vía más clara por la que se perfila una identidad española profundamente asumida sea el establecimiento de alteridades respecto a «otras naciones». El enemigo francés está perfectamente definido, frente al cual se sitúan «los

75. Sobre este tema, también es interesante BEYEN, Mamix y GINDERACHTER, Maarten van (eds.). *Nationhood from Below. Europe in the Long Nineteenth Century*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2012.

76. Para el caso salmantino, hemos podido acceder a dos experiencias personales reflejadas en dos diarios de personas que vivieron en la Salamanca en aquellos años: el de sor Joaquina del Salvador, una monja carmelita, y el del citado Joaquín Zaonero, un hidalgo rentista defensor del Antiguo Régimen.

77. ZAONERO, Joaquín. *Op. cit.*, p. 44.

78. A veces, el término patria también aparece en su acepción más tradicional, como lugar de nacimiento de uno: «hiva un anciano camino de Castellanos, su patria...». *Ibidem*, p. 89.

nuestros» o «las tropas nuestras»⁷⁹, así como «los ingleses» o «el ejército de las tres naciones unidas»⁸⁰. Igualmente, los términos «español» y «España» están consolidados, y a veces funcionan como tropos⁸¹. Zaonero recoge que el 28 de julio de 1809 los franceses fusilaron a un soldado por «averser querido pasar a España»⁸². Por su parte, sor Joaquina recuerda una situación en la que el capellán de su convento sale de noche a informarse del estado de cosas y se encuentra con guardia francesa, que le pregunta «¿Quién vive?» y su respuesta es «España»⁸³. Esto se extiende a la vivencia de la propia guerra: «no avía aquí tropa alguna nacional ni extranjera», «entró el ejército español en Salamanca», «entraron dos españoles a caballo», «un espía español»...⁸⁴.

De todo esto se podría inferir una clara y asentada identidad española (aunque no ignoramos el problema de la inducción a partir de fuentes tan escasas). Si esta era nacional ya sería motivo de debate y entraríamos en las discusiones sobre qué significan los términos nación o nacional según qué épocas. La propuesta que aquí se suscribe es que el proceso político abierto en marzo de 1808 y la guerra subsiguiente constituyeron la primera gran experiencia nacionalizadora de la España contemporánea, que ambos elementos dotaron a la identidad española previa de cohesión y permitieron una imaginación política común en amplias capas de la sociedad (no solo las élites), imaginación nacional que por supuesto se veía obligada a convivir y a mezclarse con otras materias identitarias, como la religión o la lealtad dinástica, pero que después de esa experiencia no volvería a ser la misma.

Dadas las pocas fuentes disponibles, es difícil ofrecer más que hipótesis fundadas. Quizás el primer acto de esa experiencia nacionalizadora fueran los hechos del 4-6 de junio, en los que «amanecieron muchos mozos con escarapela»⁸⁵, típica manifestación de adhesión (o al menos identificación) nacional. Dada la claridad de la alteridad, otra experiencia nacionalizadora, esta vez «a la contra», podría haber sido el propio proceso de expolio francés (también realizado por militares británicos, pero estos no eran el enemigo). Otra de ellas fue con muy poco margen de duda la «liberación» en el verano de 1812, con la victoria de Arapiles, a la que muchos salmantinos asistieron como observadores, y la jura pública de la Constitución⁸⁶.

79. SALVADOR, Sor Joaquina del. *Razón de lo que pasó en esta comunidad en tiempo de los franceses y varios lances que tubimos con ellos, desde el año 1808 hasta el de 1813*. Editado en PÉREZ DELGADO, Tomás. «Sor Joaquina del Salvador. Memoria de un convento salmantino en la Guerra de la Independencia». En *Salamanca. Revista de Estudios*, n. 40, 1997. Diputación de Salamanca, pp. 213-253.

80. ZAONERO, Joaquín. *Op. cit.*, p. 95.

81. Así se recogen en los diarios conservados en la BGUS, entre los que el de Zaonero es el más vistoso, pero también hay otros. Editados en ROBLEDO, Ricardo. «Los franceses en Salamanca según los diarios de la Biblioteca Universitaria (1807-1813)». En *Salamanca. Revista de Estudios*, n. 40, 1997. Diputación de Salamanca, pp. 173-211.

82. *Ibidem.*..., p. 57.

83. SALVADOR, Sor Joaquina del. *Op. cit.*, p. 250.

84. ZAONERO, Joaquín. *Op. cit.*, pp. 42, 54, 62 y 93 respectivamente.

85. *Ibidem*, pp. 44-45.

86. *Ibidem*, p. 100.

En fin, no es descabellado afirmar que la propia guerra en su conjunto habría servido como una «toma de conciencia nacional» (sin perjuicio de lo que pudiera existir antes), en tanto que el trauma marcó vidas y conciencias colectivas, se llenó de múltiples significados, entre ellos el nacional, y desde su más pronto final fue objeto de memoria y mitificación. De esta forma concluye Zaonero sobre la ocupación francesa en ese verano de 1812 (aunque sus conclusiones son extensibles al resto de guerra):

Escribir todo lo que pasó en Salamanca y lo que sufrió (*sic*) los vecinos de Salamanca es imposible porque cada día avía alguna novedad i todas malas; los edi[c]tos y proclamas y bandos fueron infinitos, las prisiones, confiscaciones de vienes de los adif[ctos] a la nación; tanvién los rovos no fueron pocos; los que se ausentavan quando entravan unas tropas y salía[n] otras fueron muchas familias, en fin, *fue la época más memorable de España*, en general y en particular, pues cada provincia, ciudad, lugar o aldea pequeña que fuesen vio los orrores de la guerra más cruel⁸⁷.

4. CONCLUSIONES

Cualquier estudio de caso realizado sobre unos límites locales reducidos permite una mayor concentración de fuentes, pero a la vez puede poner más de manifiesto su escasez y la tensión entre factores endógenos y exógenos, interpretaciones de distinto signo y conflictos entre las grandes narrativas y su funcionamiento en escalas menores. A lo largo de este artículo hemos intentado reconstruir el proceso de construcción nacional español en el marco local de Salamanca en aquellos años que la historiografía tradicional había etiquetado como «fase inicial». Las perspectivas de renovación teórica, metodológica e historiográfica sobre las que nos apoyamos no han culminado pero permiten ya avanzar algunos resultados a partir del caso planteado, los cuales por supuesto deben tomarse con la precaución ordinaria acerca de la representatividad de la inducción y los márgenes de interpretación.

Parece claro que al menos algunos salmantinos de finales del siglo XVIII identificaban a España no solo como la monarquía de la que eran vasallos, sino también como su nación, a la cual consideraban deber una adhesión y una lealtad, haciendo esto compatible con una identificación con su patria local. Desde nuestro punto de vista, en lo que al proceso de construcción nacional español se refiere, la invasión francesa y los levantamientos de 1808 no marcan un punto de comienzo sino un momento de activación e intensificación de elementos patrióticos que ya estaban larvados o incluso operativos anteriormente, elementos que, por supuesto, no tenían por qué ser únicamente liberales. La lucha por la independencia y la alteridad con el francés aglutinó al bando patriota, con la excepción

87. *Ibidem*, p. 96. La cursiva es nuestra.

de los afrancesados, que pese a reivindicar un proyecto nacional español fueron tachados de traidores y malos españoles.

Esto no impide observar claras líneas de fractura a través de las cuales se escindirán los discursos nacionales cuando el aglutinador exterior desaparezca y Fernando VII desmonte el sistema gaditano en 1814. Ya en este periodo se puede observar una diferencia entre aquellos que inciden en las libertades y la soberanía popular a la hora de definirse nacionalmente y aquellos que consideran que el buen español es buen católico y buen vasallo de su rey. La identificación con la nación española es común, pero de la mano de la política se define de forma diferente según quien lo haga. La claridad con la que España está naturalizada en las fuentes disponibles como referente identitario y comunidad social es manifiesta. Tanto para sor Joaquina como para Zaonero la Guerra de la Independencia fue probablemente una experiencia impactante, incluso traumática, en la que su definición como españoles se intensificó y maduró, como tantos otros sujetos en tantos otros lugares durante aquellos difíciles años.